

M A D R I D.
En el Deposito Calcografico,
1700, calle de Preciados.

PROVINCIAS.
En las principales Li-
brerías.

EL REFLEJO,

REVISTA SEMANAL

Sale todos los jueves á mediodía, y da mensualmente dos ó tres láminas en acero.

El precio de suscripcion para Madrid es 12 rs. al mes y 30 por trimestre. Para las provincias 40 rs. por trimestre si se verifica el abono en las respectivas librerías; y 30 si se hace la suscripcion en el Deposito Calcografico en esta corte, ó se remite franco de porte su valor en letra, ó libranas sobre correos, á la orden del Director del REFLEJO.
Sin láminas 6 rs. al mes en Madrid. Para las provincias 14 ó 18 por trimestre segun el modo de verificar la suscripcion.

LOS ULTIMOS AMORES.



—Qué se hace ahora de bueno, señor Juan, preguntó un jóven pajeillo, entrando con familiar desembarazo en una mezquina taberna de la calle Mayor, en donde el bueno del vinatero andaba hecho un azacan, de aquí para allí, llenando vasijas y desocupando botellas, con tal dospejo, espedicion y soltura que no parecía sino que algun espíritu foleto daba á sus pies y á sus manos ajilidad y movimiento.

—Ola, Tomasillo, replicó el tabernero, procurando vaciar de golpe un sendo puchero de agua cristalina en otra vasija que contenia un vino manchego hasta entonces puro, y desde aquel momento aguada en mas de sus dos terceras partes.

—Siempre ocupado tan santamente y desviándoos por dar gusto á los parroquianos.

—Pues no os sonriais; porque teneis la sonrisa mas picaresca del mundo, y en mis enjuagues no cabe malicia.

—Quién dice tal cosa? El echar agua al vino es un deber de todo tabernero honrado y filantrópico: es un remedio hijiénico que evita acaso

mil irritaciones mortales: y ademas una obra meritoriosa y gloriosa, por cuanto, sin perjuicio del projimo, que encuentra de todos modos delicado el alogo y el cariñena, os reservais algunos ahorrillos para asegurar el porvenir de vuestra familia; que en todos tiempos el hombre previsor.....

—Paréceme, señor paje, le interrumpió el vinatero, desocupado ya de su interesante faena, que teneis mas talento del que á primera vista se os descubre, y que sois filósofo, vive Dios, y leido y entendido mas de lo que prometé esa raida faldilla y ese sombrerucho chambergo tan empolvado y curtido. Cierto es cuanto doctis, y que la virjen de Atocha no me favorezca, sino llevo la mejor intencion del mundo al permitirme estas mezclas de aguas y de vinos, en las que confieso que soy un quirúrgico consumado.

—Químico querreis decir, señor Juan.

—Es verdad, aunque para la aplicacion del caso lo mismo me da lo uno que lo otro. Pero á qué es vuestra venida? que vos, aunque aficionado al mosto, como no estais muy bien avenido con el dinero, las pocas veces que se me depara el placer de veros por mi tienda siempre venis con alguna comision.

—Lo habeis acertado. Traigo una y muy importante que confiaros.

—Todas las ánimas del purgatorio pongan tiento en vuestra boca; porque sois portador de algunas tan endemoniadas!... En fin qué es ello?

—Unos nuevos amores.

—Valgame san Protasio! La tercera muchacha en el presente año de gracia de 1684, que festeja don Diego. Qué cabeza, Dios mio! En viendo unos ojillos garzos, una boca pequenuela, un pieccecito pulido, ó un cuerpecito salado, ya no hay hombre; ó por mejor decir, por haber demasiado hombre se convierte en un diablito en carne y hueso, yá, yá...

—Si tuvierais de discreto lo que de malicioso.

—Vamos, déjaos de chanzas...

—No me creais chancero en esta ocasion. Sirvo á don Diego de Trabaddillo, como de su pan, y á fuer de leal, porque lo han sido todos los de mi sangre, aunque descamisados, no puedo consentir que se le atribuyan al sesado y pundonoroso amo mio y señor todas las impertinencias y locuras de un mozalvete sin seso.

—Vamos, Tomasillo, serenaos y probad de este moscatel que yo reservo para los amigos únicamente; y bebed sin tasa, pues este es obsequio y... y en un dia como el de hoy es preciso, como dicen los nuestros, tirar la casa por la ventana.

—Teneis un arte para convencer, señor Juanillo! pero qué dia es hoy que así le celebráis? pues deben repicar gordo para que, de tacaño y mezquino como sois, os hayais vuelta espléndido, garboso hasta el punto de desperdiciar con un pobre paje un frasquete de media azumbre, del moscatel mas rico, puro y espirituoso que ha pasado por garganta humana.

—Hoy es un dia....como otro cualquiera si gustais.... pero mañana entra S. M. la reina y esposa de nuestro buen rey don Carlos II. y....

—Yo nunca os he tenido por tartamudo, pero así balbuceais y pronunciais las frases interrumpidas, que me voy convenciendo de que debiais tener el estómago mal preparado, pues se os ha subido á la cabeza el virillo.

—Nada menos que eso.

—Pues entonces, á qué diablos viene ese temblor de manos, que os habeis salpicado de vino vuestra rica chaquetilla de pana, ni por qué os poneis mas colorado que un tudesco beodo, ni qué significan esos ojazos abiertos y asombradizos como los de una mula falsa y de alquiler....

—Señor Tomasillo, pudierais escasear las comparaciones, pues ya sabeis que os tengo por mozo de chispa y no me parece cristiano que os sirva un prójimo de diversion, cuando os brinda con el mejor vino que hay en su bodega y cuando le veis á uno turbado, y....

—Verdad es, que este abogado habla por vos; prosiguió el paje, apurando el cuarto vaso de moscatel, y poniéndose en pie con ánimo sin duda de separarse de aquella tentacion presente. Os doy gracias por el obsequio, y, á no nece-

sitar hoy de toda mi serenidad y discurso para un asunto de don Diego, hubiera dado un ciento mas decente á ese vinillo provocativo. Pero ahora voy reparando en todo. Qué se han hecho todas las mesas? pensais traspasar el local, que habeis quitado hasta el mostrador de la tienda?

—No, Tomasillo. Lo que pienso es dejar el salon despejado.

—Para dar algun baile?

—Precisamente.

—Estais en vuestro juicio? Despues de cuarenta años de tabernero, y á los sesenta de edad, habeis caido en la tentacion de desamueblar vuestro despacho de vino, para convertirle en sala de baile!

—Y qué quereis! hay circunstancias.

—Únicamente admito una: la de volverse loco.

—Es que....me caso.

—Os...casais? Ah! pues entonces es lo mismo que si hubieseis perdido la chaveta. A los sesenta años? Vamos, alguna boda de interés?

—Es pobre....

—Será alguna persona de fundamento?... y para vuestro arreglo doméstico quizá os convendrá.

—Tampoco: no sabe dar una puntada, ni sirve mas que para que la gobiernen; como que no ha cumplido diez y nueve años.

—Tan niña! Entonces la sacrifican?

—Gracias por el cumplido. Un hombre de mi conducta, con seis establecimientos públicos en la corte: con quince mil cepas en la Mancha, y con un doble de escudos de oro en el arca, no es un partido tan despreciable.

—Ya, ya lo veo. Y quién es la favorecida?

—Sus antecedentes son algo equívocos para algunos: pero á mi me basta su virtud y su inocencia.

—Pero, cómo se llama esa virtud y esa inocencia?

—Mariquilla.... Su madre dicen que era bruja, pero en cambio tiene una tia muy ducha y que es dueña de una marquesa.

—Calla, calla!

—....Y la chica es como un lucero; mos ojazos de oveja á medio morir, una boquita como un cañamon y un moño.....

—Pero esplíquese V., señor Juanillo. Se llama Mariquilla, su madre es bruja y su tia es dueña, y tiene un moño que da que decir en el barrio?

—Precisamente.

—Cómo? la que llaman la pelona por lo largo y crecido de su melena?

—La mismita.

—Ah! ingrata Antoñuela, que así has dejado

tu airoso pajecillo, aunque pobre y hambriento, por unirme á ese sátiro.

—Pero, qué disparates estais diciendo?

—Ah! señor Juan, que esa es una partida muy serrana, y que ahora comprendo por que os turbabais y por que me habeis encaramelado la boca con ese moscatel que no estrañaria estuviere envenenado.

—Estais en vuestro juicio!

—Con que esta noche es la boda y el salon está ya dispuesto para la zambra? Pues, señor, me doy por convidado. Tengo yo mis asuntillos que arreglar con vuestra futura.

—Cómo es eso?

—Cuentas pendientes.

—Pendientes!

—Si, aunque en el día ya no estén pendientes sino desprendidos algunos puñados de cabellos que me dió en memoria....

—Do qué? paje maldito.

—Cachaza! pues á lo que veo, señor Juan, vos sabiais que la niña habia hecho tilin á las niñas de mis ojos, y no os era desconocida la aficion que manifestaba por mis prendas la susodicha Mariquilla. Pero ahora bien, me habeis vencido legalmente, y yo no debo quejarme de vos sino de vuestro dinero. Os dejaré en paz. Hacedos cuenta que en este suspirillo me he arrancado del alma la imájen de esa desagradecida criatura.

—Mucho lo celebro por vuestro bien.

—Y por el vuestro, no es verdad? Pues, si señor: y aun haré mas, que será no asistir á la fiesta: en cambio os daré mi despedida á mi modo con alguna cancioncita que os arrulle el sueño.

—En medio de vuestras travesurillas siempre habeis manifestado un carácter tan amable!....

—Vaya, hasta la vista y buen provecho, y Dios os dé fuerzas para soportar la coyunda: Pero valgame la Trinidad, qué cabeza! Confieso que la noticia me la ha trastornado y que me marchaba sin daros el recado de mi señor.

—Es verdad.

—Para mañana se necesita un hombre de confianza, de decision y de secreto. Un bravo en fin que por cincuenta escudos, que aqui los tenéis para entregárselos en el acto, y que, por otros cincuenta que recibirá cuando termine su aventura, se arriesgue á dar las puñaladas que juzgue necesarias para enviar á un hombre al otro mundo.

—No lo decia yo! Si vuestra venida no podia ser de buen agüero.

—Don Diego me ha dicho que para convenceros os entregue á vos únicamente por el

corto trabajo, que os tomareis de escoger un matón entre tantos como vienen á remojarse el paladar á vuestra oficina, estos cincuenta escudos de buena ley; y me ha encargado advertiros que os interesa complacerle, sino quereis salir mañana con un grillete por el contrabando escandaloso que habeis introducido ayer noche.

—La virgen del Tremedal me valga!

—Con que creo que estamos convenidos. Para mañana un hombre resuelto y callado; acaso encontrará resistencia, porque el caballero á quien tiene que acometer es decidido y diestro en las armas; que vaya pues prevenido!

El paje no aguardó la contestacion del vinatero, el cual se quedó contemplando los dos cartuchos de monedas de oro, que tan enérgicamente le convencian en favor de las razones de don Diego: por otra parte el contrabando, cuya profesion ejercia igualmente con honradez, una vez descubierto, podia costarle la cabeza, y en ese caso, adios boda y Mariquilla. Guardó, pues, el dinero, y, desarrugando el entrecejo que habia arqueado sus negras cejas, se frotó la arrugada frente como para refrescársela, se atusó el ceniciento cabello con su pañuelo de seda, y, clavando los ojos en las bovedillas de la mugrienta sala, empuñó con desconsolado ademán un enorme vaso de moscatel, y se le echó entre pecho y espalda sin respirar, y con toda la resignacion de un cristiano viejo. La oscuridad de la calle le dió á conocer que se adelantaba la noche; así que llamó con descompasadas voces á varios criados, que empezaron á encender las luces de varias cornucopias colgadas provisionalmente en las escarpas de las jarras de vino; y, despues de revisados los preparativos del baile y de la cena, se puso á pasear del uno al otro extremo de la sala, interin llegaba la familia de su dulce Marica, y los deudos y contertulios que tenia convidados para presenciar tan patética ceremonia, entrada y recibimiento de los conyujes.

Pasaremos por alto las danzas y jaleos de los unos, los dichos picarescos y las gracias desvergonzadas de los otros, la alegría y la algazara de todos, y únicamente diremos, en honor del señor Juan el vinatero, que no hubo boda mas espléndidamente servida, ni mas acompañada que la suya, que dió que envidiar y que murmurar por muchas semanas á todos los cofrades de su gremio; y en honor de Mariquilla, que fue la única que suspiraba en medio del jeneral bullicio: lo que, en nuestro concepto, la sinceró de la falta de cariño y de gratitud que tan en cara la echaba, y tan de corazon, el pobre Tomasillo.

Este no se olvidó de su oferta amistosa, y

para cumplir al vinatero su palabra, cuando ya la luz de las estrellas se iba amortiguando en el cielo, acudió debajo de la ventana de su prenda perdida, en compañía de varios mozos del barrio, y al compás de un sonoro guitarrillo, rasgueado con todo el primor de un galanteador jerezano, entonó varias chistosísimas coplas en las que rebosaba la agudeza de su ingenio, y la hiel de su corazón desdeñado. Por último, sintió la falleba de la ventana rechinar pausadamente, y vió primero una sombra, que despues distinguió ser una mujer, y la que por último conoció ser Mariquilla, á la cual saludó con voz quebrantada por el amor y el sentimiento, pero que sonó fuerte y penetrante al dirigirla con malicia y desden esta cancioncita.

Mariquilla Antonia.
tú eres el demoño,
pues por cuatro cuartos
vendistes el moño.

La Antoñuela suspiró; el suspiro enterneció al paje, y comenzaron este breve diálogo.

—Con que te han sacrificado!

—Sí, Tomasillo de mi vida! no sabes tú que el corazón de esta pobre no respiraba sino por tí.

—Y ahora, qué fin tendrán mis ansias?

—Ninguno; como tampoco le tendrán mis lágrimas!

—Al perro de tu marido le ha de costar un pe-

llejo de vino cada una de las que derramas, tórtola mía.»

Terminó aqui el diálogo porque Mariquilla se retiró de la ventana; Tomasillo se reunió á los mozos que esperaban un poco apartados, para no interrumpir la amorosa plática; pero viendo el paje que una sombra aparecía de nuevo en la reja, se acercó presuroso.

—Qué se ofrece? preguntó el tío Juan, pues aunque no se habia desvelado con la vihuelilla, se habia despertado con el eco de las voces medrosas de los amantes.

—Ola, señor Juan: vengo á daros mi despedida.

—Para qué te has molestado? las noches son crudas..... y.....

—Y vos teneis gana de recojeros. Nada mas puesto en razon; pero como os habia ofrecido música para que reconciliaseis el sueño, aquí la traigo. No sé si habré tenido buena eleccion en los instrumentillos. Ola, muchachos! acá; porque al señor es á quien se obsequia.»

En aquel momento formaron corro los mozos, y esgrimiendo sartenes, sonajas y cencerros, y acompañando con silbidos y risotadas la infernal algaravia, hicieron cerrar la ventana al vinatero, que se deshacia en maldiciones, perdidas en el aire, porque todo lo confundía el estruendo de tan estrepitosa cencerrada.

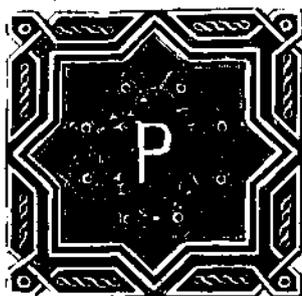
(Se continuará.)

G. ROMERO LARRAÑAGA.



AMOR DE PADRE.

IV.



PROFUNDA fue la alegría del conde al saber la oferta generosa del hijo de su amigo, y su corazón se dilató satisfecho al pensar que aquellos ochocientos mil reales volvían á las manos de su legítimo dueño y que se le presentaba una ocasión tan favorable para reintegrarle sin menoscabo de su honor y sin tener que confesar su vergonzoso fraude. Aceptó pues su propuesta, y con tanto mas placer cuanto conoció que Carolina le amaba con delirio y que prometía verla feliz en los brazos de aquel joven que la idolatraba con igual ternura.

Se dispuso cuanto fue necesario, y arreglados los mas indispensables preparativos se fijó el día de la boda; señalándose el siguiente para firmar los contratos matrimoniales. Con este motivo las amigas de Carolina que miraban con envidia su belleza y su ventura, acudieron solícitas á darla la enhorabuena por su acertada elección. Deseosas de no hacer un mal papel en una sociedad en que se reunía lo mas escogido de la corte, se presentaron ataviadas con el mayor lujo, con el fin, decían, de dar importancia á tan dichoso enlace.

Entre las mas elegantes sobresalía por la riqueza y buen gusto de sus adornos Emilia de Carrion, amiga íntima de la desposada y su compañera de colejto.

—Qué hermosa estás! la dijo Carolina.

—Mejor estaria, la respondió la joven tristemente, sino me hubiesen quitado el medallon de brillantes.

—Será posible? Te han robado aquel medallon tan bonito!

—Dios mio! sí, me le han robado! y valia cien mil reales! Papá ha despedido á la doncella, sospechando si podria ser la autora del hurto; pero yo me he quedado sin mi medallon, que ademas de ser tan hermoso era regalo de mi padre.

Emilia lloraba como una niña. Carolina juntó entrambas manos como manifestando su extrañeza y su sorpresa.

—Pobre Emilia! y vaya V. á descubrir ahora quien pueda ser.

—Ah! algun alma muy mal intencionada. Lo

mas extraño es que no han tocado ni descompuesto ninguna otra cosa, dejando todo en el mayor orden y simetria.

Cruzó Carolina su brazo con el de su aflijida compañera y se reunieron á las demás señoras. El señor vicario y el escribano esperaban únicamente al joven conde, pero este acababa de salir del salon, á leer una esquila que un desconocido habia entregado á uno de sus criados con el mayor misterio y recomendándole se la diesen al punto á su amo, porque se interesaba en ello su honor, su buen nombre y acaso su suerte venidera.

El contenido de aquella carta era el siguiente. —«Caballero: como amigo que soy vuestro es interesado en vuestra felicidad es de mi deber advertiros que la mujer con quien tratais de enlazaros tiene el mas vil, el mas abominable y el mas infame de todos los vicios. No lo olvideis.»— La carta no tiene firma.

Quando el marqués volvió á entrar en el salon, venia pálido, turbado y trémulo, pero viendo el contrato se acercó precipitadamente, y puso su nombre con mal trazados caracteres y reprimiendo un hondo suspiro.

V.

Algunos dias despues se celebró su enlace en una de las parroquias de esta corte. Carolina, vestida de blanco y coronada de flores produjo en el templo un efecto extraordinario. Agolpábanse todos para contemplar tan singular belleza, y se subian sobre los bancos para bendecir aquella mujer hermosa, destinada á hacer la felicidad del marqués á quien todos miraban con envidia. Este caminaba con semblante sombrío, y, aunque nada habia venido á marchitar sus bellas esperanzas desde aquella carta amenazadora, dudaba aun de su porvenir. Sin embargo la general admiracion le hizo contemplar su joven esposa; renació al verla su amor y su confianza, y se convenció de que no debia hacer caso ninguno de un anónimo que podria habérsele dirigido algun rival desdeñado ó envidioso. Así que al salir de la iglesia mostraba ya en su semblante la mayor satisfaccion. Carolina acabó de entusiasmarle con una de aquellas amorosas sonrisas que prometen la dicha y la esperanza.

Por la noche hubo baile: las amigas de Carolina se dispersaron por las habitaciones ansiosas de registrar los regalos de boda, y de ver el lecho de los esposos, y los adornos de la novia: curiosidad de niñas! Las comodas estaban atestadas de joyas, vestidos y preciosidades, y en todo habia un lujo asiático, y una profusion loca.

Reinaba en el salon la mas franca y bullicio-

sa alegría, cuando Emilia entró precipitada, y dijo al oído á su madre con entrecortada voz algunas palabras. El rostro de la noble señora se alteró visiblemente, cubriéndose de una nube de disgusto, y al instante se salió del baile llevándose á su hija.

Seria ya mas de media noche, y los esposos se disponian á abandonar el salon, para retirarse á su apacible estancia, cuando se presentó un criado diciéndoles que un desconocido queria hablar al señor marqués.

—Que espere hasta mañana, replicó este con enfado.

—No es posible, caballero, respondió un hombre empujando la mampara con violencia y penetrando en el salon por medio de las asombradas señoras. Tengo que entregaros una carta, y, como me parece que no estais de humor de entreteneros con lecturas, voy á tomarme la molestia de deciros su contenido. Ayer han robado á la señorita Emilia de Carrion un medallón de brillantes: y esta alhaja se encuentra en el segundo cajón del secreter de vuestra esposa. »

Carolina que iba poniéndose blanca como una estatua de mármol cayó en tierra desmayada.

«Es una calumnia, de que me respondereis con vuestra vida, exclamó el marqués frenético: seguidme á la estancia de Carolina.» Cojiendo una luz se encaminaron todos al aposento, y rejistrando el secreter..... encontraron el medallón de diamantes.

Entonces el anciano conde se arrojó entre su hija desmayada y su enfurecido esposo.

«No es ella la culpable, gritó desconsolado; yo soy, yo soy el criminal, repetía con la noble majestad de un hombre honrado por sus canas. Creedme, ella es inocente: hace diez y siete años que quise destinar en beneficio de mi hija una suma que me dejó vuestro padre para ponerla en vuestras manos. El cielo me castiga. Yo soy el autor de su falta y de su deshonor, y no podré sobrevivir á ella!

Al acabar estas razones lanzóse precipitado fuera de la sala, rompió la llave para abrir la puerta de su gabinete, y frenético, apoderándose de una pistola cargada, antes de que tuviesen tiempo de impedirselo, se la arrojó á la sien, y cayó cadáver en tierra.

El marqués partió para las Indias sin consumir su matrimonio. Carolina tomó el velo de religiosa, pero hasta su muerte conservó sus fúnebres inclinaciones. En el convento hurtaba alfileres, medallas ó escapularios, y aunque se arrepentia despues y lo confesaba, jamás su vergüenza pudo corregirla de tan funesta inclinacion....

LA SIRENA.

VIDA DE JESUCRISTO.

LA ANUNCIACION.



M apartado y humilde aposento, en la ciudad de Naza réth, de la tribu de Zabulon, oraba una virgen de quince años. Este estado de meditacion daba á sus lindas facciones un carácter de dulzura divina. Sus grandes ojos negros, sus arqueadas cejas, su nariz aguilina, su boca pequeña, sus lábios de rosa, aparecian graciosamente en medio del círculo que formaba una cabellera color de ébano. Este conjunto de perfecciones físicas no era mas que el reflejo de las perfecciones aun mas preciosas todavia de su alma y de su corazón, y no causará asombro encontrar en una misma criatura ese tipo de lo bello y perfecto, si se considera que esta jóven es Maria; Maria! escojida desde toda una eternidad para el misterio inefable de la encarnacion!

La jóven doncella salió de su meditacion sobrecojida por la súbita aparicion del radiante mensajero de los cielos. Turbóse su espíritu; pero el ángel Gabriel se apresuró á sosegarla, comunicándole en estos términos los decretos de la voluntad de Dios: «Salve, Maria, llena eres de gracia! el Señor es contigo y bendita tú eres entre todas las mujeres, el Espíritu-Santo vendrá sobre tí, y concebirás por obra del Todo-Poderoso. Darás á tu hijo el nombre de Jesus (Salvador). Este será grande entre los hombres y será llamado hijo del Altísimo.» Maria sin comprender todo el precio de este favor divino respondió con humildad: «He aqui la esclava del Señor, hagáse en mí segun tu palabra.» Al instante se sintió abrasada del amor divino, conmoviéronse sus entrañas, se estremeció su seno, y el misterio de la encarnacion quedó consumado: el hijo de Dios se habia hecho hijo del hombre para hacernos hijos de Dios.

Pocos dias despues, la virgen fue á visitar á su prima Isabel, esposa de Zacarias, para felicitarla por los favores con que ella tambien habia sido colmada, pues el ángel Gabriel le habia anunciado que, á pesar de su edad avanzada, daria á luz su prima un niño que se llamaria Juan.

Entonces Isabel abrazó á Maria, y sintió á su hijo dar saltos en su seno; Juan acababa de ser santificado con la presencia de aquel de quien debia ser el precursor.

EL NACIMIENTO DE JESUS.



o hacía aun seis meses que Maria había vuelto de casa de su prima, cuando se publicó en todo el imperio romano un edicto del emperador César-Augusto, que ordenaba el empadronamiento de todos los pueblos sujetos á su dominación. A José y Maria, ambos descendientes de David, les fue preciso ir á inscribirse á Bethlehén, pueblo natal de este rey. De suerte que en una madrugada fria como la mayor parte de las mañanas de invierno, soplando el viento norte con fuerza, triste y sombrío el tiempo, cargado el cielo de pardas nubes, el buen anciano y su jóven esposa seguían silenciosamente el camino que conducía de Nazareth á Bethlehén. Aunque ella iba montada en un asno, echábase de ver el mal estar que la oprimía. En la alteración de sus facciones, en la palidez de su rostro conociase que se había visto obligada á ponerse en camino por obedecer el edicto, pues por lo demas la ocasion no era muy apropiado, habiendo llegado ya al parecer al término de su preñez.

Después de tres dias de viaje llegaron nuestros viajeros á Bethlehén, siendo tal la afluencia de viajeros que habían acudido, que José no pudo encontrar albergue en la posada: en vano recorrió las plazas, las calles; ni una puerta se abrió para acogerle; vióse por tanto precisado á retirarse á una cueva abandonada.

En tan miserable morada, el 25 de diciembre, dió á luz Maria al hijo de Dios! Contraste admirable! El que había criado el universo apenas encuentra sitio para nacer! El palacio del rey de los reyes es un establo, su trono es un pesebre.

LA ADORACION DE LOS PASTORES.

Por fin brilló la estrella de Jacob! El cielo, hasta entonces de bronce, habíase abierto para dar á la tierra el Salvador prometido desde la caída del primer hombre. El astro de la noche marcaba la mitad de su carrera: reinaba á lo lejos el silencio en la campiña; solo algunos pastores velaban en las cercanías de Bethlehén guardando sus ganados, y de repente se vieron rodeados de una luz divina. Advirtieron en los aires un fantasma que se dirigía ácia ellos, é iban á huir poseidos de espanto, cuando oyeron una voz dulce como la voz de un ángel que les dijo: «No temais, yo soy un ángel del Señor que me envia

á vosotros: he aquí os anuncio un grande gozo, que será á todo el pueblo: que hoy es nacido el Salvador, que es el Cristo Señor, en la ciudad de David. Y esta os será la señal: hallareis al niño envuelto en pañales y echado en un pesebre.»

No bien había acabado de hablar el ángel, cuando resonaron los aires con suavísima melodía. Una tropa numerosa de la milicia celestial fue á unirse al mensajero cantando las alabanzas del Señor, y entouó el magnífico cántico: GLORIA A DIOS EN LAS ALTURAS, Y PAZ EN LA TIERRA A LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD.

Los ángeles habían cesado en sus cantos armoniosos. Los pastores llenos de asombro y admiración, se dijeron unos á otros: «Pasemos hasta Bethlehén, vamos á ver al Dios que acaba de nacer.» Y sin mas deliberación echaron á correr al sitio que el ángel les había indicado, llevando consigo en cestas de juncos ofrendas destinadas al mesías esperado de las naciones. En cuanto llegaron á la cueva, hallaron en efecto al niño Jesus acostado en el pesebre. La virgen madre, con la frente inclinada ácia el recién nacido, estaba arrobada en estasis, y san José contemplaba con delicia aquel Dios naciente de quien iba á ser padre adoptivo. Al instante los pastores, llenos de fé y de amor, se prosternaron delante del rey del cielo y de la tierra, y le ofrecieron leche, higos, dátiles, un cordero, presentes modestos en armonía perfecta con el estado de abatimiento y de miseria en que había sido grato al Señor mostrarse á los hombres.

EL SEPULCRO DE EVARINA.

(Imitación de Oseas.)

Adios, reposa en paz! aventurada de la luna en la pálida rejion, y cruza por los vientos columpiada sobre flotantes nubes de crespón.

Ven por la noche y con sereno ardo besa del Bardo la caduca sien, y oiga tu voz como el fugaz murmullo de los sonoros vientos de Morven.

Eras bella, Evarina, cual ninguna: como de corza tímida tu andar: era blanca tu frente cual la luna... tus ojos dulces, del color del mar.

Tu talle y esbeltez como la palma que blando mece el viento con amor, y el tranquilo embeleso de tu calma jamás turbó la mano del dolor.

Por qué has muerto, Evarina, en tu riante hermosa edad de plácida ilusión cuando al encanto de tu amor naciente sus tesoros brindaba el corazón?

Ay! lloro tu beldad y tambien lloro
siedenta el alma de inefable ardor,
muerto contigo el virjinal tesoro
que guardaron las llaves del pudor.

Respirando placer y lozanía,
y espléndido de amor y juventud,
quebró la mano de la muerte impia
ese aromado vaso de virtud.

Secó en los campos la olorosa planta,
y el lucero magnífico apagó
que en medio de la sombra que me espanta
benéfico mis pasos alumbró.

Espíritus celestes que el espacio
cruzais.... en dónde mi Evarina está?
De vuestro celestial áureo palacio
las transparentes salas pisa ya?

Tal vez sobre las nubes reclinada,
de la aurora al naciente resplandor,
viene á llorar sobre mi frente helada
su mal gozado delirante amor.

A. GARCIA GUTIERREZ.

A UNA FUENTE.

Del sol de julio la encendida llama
lanza del cielo su raudal ardiente
y en desbordado ahrasador torrente
por los abiertos campos se derrama :

y cuando el aire á su calor se inflama,
y seco llega á mi abatida frente,
tú te reclinás, solitaria fuente,
de frágil musgo en la mullida cama.
Te caminante que en mitad del día,
bajo la encina á cuyo pie murmurás,
llego á beber en tu corriente fria
de ardiente sed á las instancias duras,
eterno llevo en la memoria mia
dulce recuerdo de tus aguas puras.

J. ROMEA.

EPÍGRAMA.

No falta algun diputado
que de opiniones varió,
y si exaltado empezó
concluyó por moderado.
Nunca se verá tachado
de tal mundanza Silverio,
pues siempre siguió el imperio
de su puro patriotismo,
votando siempre lo mismo.....
que votaba el ministerio.

J. DEL PERAL.

LIBRO DE MEMORIAS.

TEATRO DE LA CRUZ. — Sentimos que la marcha que nos hemos propuesto seguir con respecto al análisis de las producciones dramáticas no nos permita dar mas que una lijérisima reseña de ellas, habiendo algunas que merecerian por cierto largos y razonados artículos. La JUDIA DE TOLEDO le reclamaria con justicia, pues por su mérito y por su brillante éxito nos daria ancho campo para elojiar á su jóven autor, y nuestro amigo don Eusebio Asquerino. No es la primera vez que habiamos asistido á sus triunfos escénicos, pero si bien en el Gustavo Basa vimos que se rendia á su talento un tributo justo, llamando al autor á la escena, entonces nos persuadimos que eran mas bien los brillantes destellos de ingenio los que se premiaban que el mérito de la obra; no así en la JUDIA DE TOLEDO que aunque no la consideramos exenta de lunares nos parece un drama bellísimo y capaz de servir de sólido cimiento á la reputacion de su autor. El argumento poético de los amores de Raquel y Alfonso VIII está tratado con sencillez y con novedad. Las variaciones introducidas por el señor de Asquerino, con especialidad la de salvar á la hermosa judia de la muerte lastimosa que la dieron los toledanos, nos parecen bien concebidas y revelan

en el autor conocimiento de los efectos teatrales y del gusto del público para quien escribe. Todo el drama está salpicado de pensamientos nobles y caballerescos que el público aplaudió con entusiasmo. Hay interés en la accion, nobleza en los personajes, y armonia en el conjunto del plan. En cuanto á la versificacion es castiza y armoniosa, y sentimos no poder citar muchas escenas, modelos de canturia y de facilidad y de ternura. El público pidió al autor al final del primer acto y al terminar el drama, y al presentarse en la escena le acogió con ruidosos aplausos. — La ejecucion no fue notable, aunque debemos hacer mención de la señora Valero, que, como beneficiada, trabajó con mucho interés. — R.

TEATRO DEL PRINCIPE. — En la noche del martes se ha ejecutado en este coliseo CECILIA LA CIRQUECITA, original del señor Gil y Zarate, en cuya produccion, y como una de las rarísimas escepciones en nuestros dramas modernos, el autor ha dado á conocer que posee la ciencia del corazon humano. Agregando los lindos conceptos y los harmoniosos versos de que abunda tendremos un todo, en el que, si bien no se revela una absoluta espontaneidad, hay en él sin embargo gran maestría en el manejo de los re-

sortes que conmueven la atencion del espectador. — La ejecucion ha sido de lo mas perfecto. La señora Díez en su difícil papel ha acabado de mostrarse la primera actriz española de nuestros tiempos: asimilando la señora Lamadrid (doña Teodora) realizó admirablemente su parte: el señor Romea menor estuvo felicísimo tambien. El autor fue llamado á las tablas.

TEATRO DEL CIRCO. — El estado de *interesantísimo* tan avanzado en que se encuentra la señora Barilli, prima donna que hizo el día 31 su primera salida en el MARINO FALTEÑO, haya sido ó no comprometida á ello, la puso en inminente riesgo de un gran fracaso. Así es que, aunque se reconocen en ella facultades esceplentes, se la veia ajutada y que se esforzaba con ansiosa pena, por lo cual cuanto hizo estuvo bien hecho, pues, á pesar de algunas desafinaciones consiguientes, es necesidad querer exigir lo que en tal estado no podria exigirse ni aun de la primera cantante del mundo. Sinco llenó cumplidamente su parte, y fue doble y victoriosamente aplaudido en la caveleta del segundo acto. El señor Anconi parecia otro en su papel y le llenó con notable aplomo. Al señor Olivieri..... indulgencia. A la orquesta..... perdon.

MADRID: IMPRENTA DEL REFLEJO.